

242-2

ESPAÑA*EVANGÉLICA

Año XVII * Núm. 747

* *

Madrid, 9 de Abril de 1936

* *

Precio: 25 cénts.



EN EL CENÁCULO DE JERUSALEM

(UNA CONCEPCIÓN MODERNA DE LA ÚLTIMA CENA)

Como hubo dicho Jesús esto, fué conmovido en el espíritu y protestó y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me ha de entregar. Entonces los discípulos mirábanse los unos a los otros, dudando de quién decía. Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado en el seno de Jesús. A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquél de quien decía. Él, entonces recostándose sobre el pecho de Jesús, dícele: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: Aquél es, a quien yo diere el pan mojado. Y mojado el pan, diólo a Judas Iscariote, hijo de Simón. Y tras el bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dice: Lo que haces, hazlo más presto. Más ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué propósito le dijo esto. Porque los unos pensaban porque Judas tenía la bolsa. que Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. Como él, pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya noche. * (SAN JUAN, XIII, 21-30.)

Jesús lava los pies a sus discípulos.



ADMIRABLE es en todo el proceder de nuestro bendito y adorable Redentor y Salvador Jesús. Su manera de enseñar es tan especial, que cautiva poderosamente a cuantos ponen un poco de interés en el estudio del Evangelio, pues nadie, como Él, ha sabido establecer gráficamente los contrastes para que el hombre deduzca de la comparación provechosas y saludables enseñanzas.

Tal acontece en esta ocasión que nos relata el evangelista Juan, ya que si referimos este pasaje a los capítulos X de San Marcos y XXII de San Lucas, hallaremos fácilmente cuál era el espíritu diabólico, de ambición y altivez, que se había manifestado algunas veces en los discípulos, y que se estaba manifestando aun en los momentos mismos de dar principio a la Cena Pascual. Este espíritu les había impulsado a sostener algunos altercados sobre cuál de ellos sería el mayor en el reino de los cielos, pensando, sin duda, que ese reino habría de regirse por las mismas y defectuosas normas que imperan aquí en la tierra. Por esta causa, Jesús, que iba a dejar un signo hermoso y permanente de su sacrificio en favor de la Humanidad, empieza la Cena dando a sus discípulos una lección objetiva, de profundas y originales enseñanzas, en orden a la manera de vivir y de alcanzar puestos elevados en su reino espiritual.

En el lavar Jesús los pies a sus discípulos salta como primera enseñanza la humildad. ¡Cuán necesitada está la Humanidad de esta virtud cristiana! La soberbia de los hombres se manifiesta por doquier, como si nuestra alma se hallase predispuesta siempre, y de un modo especial, para caer en tan tremendo pecado. El diablo lo comprendió así desde el principio y procuró fomentar el orgullo con palabras falsamente halagadoras de grandeza, diciendo a nuestros primeros padres: «Seréis como dioses...» (Génesis, III, 5); y desde entonces, la ambición, la vanidad, el orgullo y la presunción han arraigado profundamente en los hombres.

Por eso, cuando en estos tiempos de mítines y de exaltadas frases de retórica, oímos a muchos ilusos proclamar su plena seguridad de que se producirán paz y felicidad por la tierra cuando se establezca el sistema político o social que ellos preconizan, pensamos en seguida en la mancha del pecado que todos traemos, y en que esas frases, por tanto, no las pueden inspirar más que la altivez, el orgullo o la ignorancia, pues sabemos que «toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación» (Santiago, I, 18).

El orgullo de los hombres se ha transferido a las naciones, ya que ellas son el componente global de la individualidad, y por eso vemos traducirse hoy día en los pueblos

ese pecado de la ambición que venimos notando. Tanto para los pueblos como para los individuos, no vemos otra solución en este caso que la venida a las enseñanzas de Cristo, mejor dicho, a la persona misma de Cristo, pues Jesús, sin tener como misión especial la de enseñar moralidad, sin ser un estadista, ni un político, ni un sociólogo, ha dejado una vida ejemplar, en la que no hay la más mínima sombra de pecado, y sus beneficiosos resultados los podrían apreciar los hombres en el momento mismo en que empezasen por imitar tan excelsa como sublime vida.

Volviendo al hecho material del lavatorio de Jesús a los pies de sus discípulos, nosotros — y suponemos que tú también, querido lector — hemos visto muchas veces en la Iglesia predominante en España que sus más altas dignidades, el día de Jueves Santo, toman en sentido literal las palabras de nuestro texto y lavan los pies a doce ancianos, escogidos previamente para el caso. Pero, ¡qué de aparato en ese lavatorio! ¡Cuánto dosel de terciopelo y raso con riquísimos flecos de oro! ¡Cuántos servidores ayudan al jerarca de la Iglesia en esta pantomima! ¡Y qué marco más pomposo encuadra el acto! Un altar, que maravilla por su grandeza, y unas verjas que son un portento afiligranado de lo que en el arte de repujar es capaz de hacer el hombre. Pero si comparamos este lavatorio con el que llevó a cabo Jesús, notamos en seguida el fariseísmo de estos nuevos mercaderes del templo. Bien dice el refrán que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

Jesús hizo el lavatorio solo, sin ayuda de nadie, porque fué un acto personal de Él, llevándolo a cabo en una sala pobre, mientras que la Iglesia romana le concede un esplendor inusitado, practicándolo con cierta característica frialdad, propia de las cosas que se hacen mecánicamente y por una rutina inveterada. Y es que cuando Jesús, al lavar los pies a sus discípulos, les dijo: «Porque ejemplo os he dado...», no les quiso dar a entender que ellos habrían de repetir materialmente el hecho, sino que para combatir el orgullo y la ambición que los invadía y estaban manifestando, debían reparar en los elementos de orden espiritual que en el fondo mismo de aquella acción había; esto es, en la humildad y en el amor, virtudes que Cristo deseaba que encarnaran en los apóstoles para que en lo sucesivo informasen sus vidas en las relaciones con Dios y con el prójimo.

Hemos hablado ya de la humildad; pero ahora decimos que el amor es la segunda lección que sacamos del hecho de lavar Jesús los pies a sus discípulos. Precisamente esta virtud es la que menos, tal vez, se practica en el mundo, siendo la que más beneficios podría hacer en él, puesto que el amor, en su significado más puro, abarca en sí todas las demás virtudes cristianas. Por

eso Cristo es al amor a lo que más importancia otorgó. Quiso atraerse las almas a sí por el amor. «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos», dijo en una ocasión; y Él practicó tan bien el amor, que, «como había amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin».

Sólo por el amor podemos comprender la humillación del Verbo eterno, que no tuvo por usurpación ser igual a Dios y, sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y humillándose a sí mismo en la obediencia hasta la muerte, y muerte afrentosa de cruz (Filipenses, II, 6-8). He ahí el ejemplo de Jesús en esta ocasión, sublime como toda su obra: humildad y amor. Por eso, cuando alguien nos diga que el Cristianismo ha fracasado en nuestros tiempos modernos, podemos preguntarle a nuestra vez si es que el tal individuo ha vivido exactamente por imitación la vida toda de Jesús. Sólo entonces es cuando se podría decir con derecho que el Cristianismo es un fracaso como vida de paz, de justicia y de bendición.

No cabe duda que el aparecer el Cristianismo como fracaso para muchos es porque ellos viven alejados de Jesús, y por eso quisiera hacer unas consideraciones, amado lector, para bien de tu alma. La realización de la vida de Cristo, aun en su parte más pequeña, no es posible que la lleve a cabo ningún hombre, por más que considere sublimes y hermosos los preceptos del Crucificado, si sólo confía en sí, y no pone en su ejecución más interés que el de su propio esfuerzo personal. Por otra parte, la doctrina misma de Jesús no tendría más valor que la de tantos otros maestros de moral como han florecido en la Humanidad, si quedáramos abandonados a nosotros mismos para realizarla; pero he aquí lo grande del caso, y es que, el que nos ha dado un ejemplo que imitar, nos da también las fuerzas suficientes para vivir la vida de santidad, siempre que con entera confianza y amándole nos alleguemos a Él. «Sin Mí nada podéis hacer», dijo a sus discípulos, y otra vez: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». «Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en Mí.»

Para poder practicar la humildad y el amor, así como las otras virtudes cristianas, los que ya somos salvos necesitamos acudir diariamente a Jesús en oración, a fin de que Él nos dé fuerzas y ayuda espiritual en la lucha contra las tentaciones del maligno.

¡Humildad, amor y necesidad de Cristo!... He aquí tres cosas que aprendemos del lavatorio de Jesús a sus discípulos, las cuales debieran avivar en cada cristiano el sentido de la responsabilidad, a fin de que cada uno, con humildad, pero con abnegación constante, se esforzara en Cristo para traer almas a su conocimiento, promoviendo con amor la felicidad entre nuestros semejantes.

SANTOS M. MOLINA.

La institución de la Eucaristía.

EN TRE todas las sublimes escenas de la Pasión de Nuestro Divino Redentor que se narran en los Evangelios y que los cristianos conmemoramos en estos días de *Semana Santa*, resalta, con caracteres imborrables, aquel tierno y conmovedor episodio en que Cristo, próximo a ser entregado a sus verdugos y después de haberlo preparado todo misteriosamente, convoca a sus discípulos y se sienta con ellos a la mesa para celebrar la Pascua, la fiesta llamada de los *ázimos* y luego el místico banquete de significación profunda, la *Santa Cena del Señor*.

Figurémonos, recogidos fervorosamente en nuestro espíritu, aquella escena en extremo emocionante: En el *Cenáculo*, aquel aposento alto que Jesús consiguiera de aquel «cierto hombre», hay una mesa «aderezada», y sobre ella el cordero «sin defecto, macho de un año», chorreando sangre de la inmolación y repartidos «los panes sin levadura» y Cristo, «el Cordero inmaculado que va a sacrificarse en la cumbre del Gólgota para quitar los pecados del mundo», todo conmovido ante aquella misteriosa alegoría que ha de tener muy en breve la más plena realización, diciendo a sus apóstoles: «En gran manera, he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer...» ¡Con qué emoción, con qué hondo sentir, serían recogidas aquellas solemnes palabras por los discípulos, ya antes advertidos en el camino hacia Jerusalem de todo lo que había de suceder! ¡Cómo el traidor, que había recogido también aquella penetrante y dulcísima mirada del Maestro queriéndole retraer del infame designio que abrigaba, se sentiría mordido por el aguijón del remordimiento que, sin embargo, no le rindió...!

Aquella *Pascua*, en efecto, era de un simbolismo apasionante. En el cordero sacrificado sobre la mesa, verían ya sin celajes la víctima *propiciatoria* que, sin exhalar el más leve quejido, había de ir al monte del sacrificio; en aquella sangre que mojaba los limpios manteles, la sangre de infinito valor que limpiaba de todo pecado, y en aquellos panes *ázimos* la blancura y limpidez del Justo que iba a morir por los injustos, y en aquellas palabras divinas del supremo anhelo, el infinito afán de Cristo de salvar a todos, a aquellos humildes pescadores de Galilea y a todos los que habían de ser el objeto de su amor, a los hombres todos, sin excepción...

Por eso, cuando acabada la Cena legal (aquella Pascua que recordaba el *paso* del Señor, hiriendo a todos los primogénitos de Egipto, figura de los obcecados, de los insensatos, que se resisten a las llamadas del Santo Espíritu, se detenía ante aquellos que, rociados con la sangre del cordero, habían de ser salvos (Éxodo, 12), Cristo, elevando aun más el sentido del simbolismo, toma en sus manos el pan y, dando gracias a Dios (Eucaristía), dice: «Esto es mi Cuer-

po que por vosotros es dado: *haced esto en memoria de Mí*. Y asimismo el vaso...», diciendo: «Este vaso es el nuevo pacto en mi sangre que por vosotros se derrama...». Cuando todo esto sucede, repetimos, aquellos hombres, los apóstoles, debieron mirarse anonadados ante aquel Misterio de amor.

Sí, misterio de amor es la institución de la Santa Cena. Por eso, el evangelista San Juan nos dice: «Sabiendo Jesús que su hora había venido para que pasara de este mundo al Padre, como había amado a los suyos... amólos hasta el fin», esto es, los amó en el fin de su estancia con ellos con un amor sublimado hasta lo infinito. Amor representa aquel cuidado exquisito del Señor en preparar la Pascua de despedida; amor, aquella su expresión de decir «en gran manera», de celebrarla con toda solemnidad; amor, sobre todo, aquella su delicada *ingeniosidad* en unión de los elementos pan y vino para instituir el Memorial eterno de la Santa Cena que recuerda y manda recordar siempre «durante todas vuestras generaciones» como la Pascua de Jehová, lo que significa aquel

pan y aquel vino repartidos entre todos y para todos, que es el Cuerpo y la sangre de Cristo dados en prenda, en acicate, en redención gloriosa para todos... «Haced esto memoria de Mí». Acordaos, mortales, de este rasgo de amor divino que llega por parte del Padre a *dar* al mundo a su *Hijo Unigénito* para que todo el que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna; por parte del Hijo de Dios al *darse* todo entero, sin reservas, a los hombres para salvarlos, y del Espíritu Santo al *darse* también en derramamiento de gracias para santificarlos.

Y acordaos también de aquellas sublimes oraciones de Nuestro Señor Jesucristo a su eterno Padre, pidiéndole por que sus discípulos de entonces y todos los que han de creer *sean* «como tú, ¡oh, Padre, en Mí y Yo en Ti... en nosotros una cosa», para que el mundo crea que Tú me enviaste...». Y de igual manera que los que comen del mismo pan y beben de la misma copa demuestran tener un solo corazón y una sola alma, así, los que participan de la *Cena del Señor*, sean capaces de compararla y sentir cumplir aquel único «nuevo» mandato: «Amaos los unos a los otros, como yo os he amado».

AGUSTÍN ARENALES.

JESÚS EN GETSEMANÍ

CON mucha más razón que Jeremías, podía exclamar Jesús: «Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido» (Lam., I, 12). Ni los dolores de la cruz pueden compararse con el que sufrió en el huerto de Getsemaní; nunca, en su vida, salieron de sus labios las palabras que pronunció en aquella noche, por las que podemos vislumbrar algo de lo que pasaba en su alma: «Mi alma está muy triste hasta la muerte», y una y otra vez: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este vaso; empero, no como yo quiero, sino como tú». ¿Qué vería Jesús, que solamente vino al mundo para hacer la voluntad de su Padre, y hacía muy poco que había dicho: «En gran manera he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca», para que dijera aquellas palabras?

De la intensidad de aquel dolor moral y, por lo tanto, espiritual, que tuvo Jesús en aquella noche, podemos adivinar algo al ver que su cuerpo sudó sangre, y que el evangelista nos dice: «Y estando en *agonía*, oraba más intensamente». Y como el dolor moral es producido por nuestros pensamientos, relacionados siempre con personas, preguntémonos reverentemente: ¿Qué pensamientos tenía Jesús que le hicieron sufrir tanto? Hemos de desechar que fueran sobre lo que iba a sufrir en su pasión; la muerte, lejos de temerla, fué el deseo más deseado de toda su vida. ¿Qué, pues, pensaba Jesús, que le hizo sudar gotas de sangre hasta empapar la tierra? Meditemos: Como Él vino para ser nuestro sustituto en el castigo que nosotros merecíamos, y quiso cargar con nuestros pecados para morir, con justicia, por ellos, ¿no serían nuestros pecados los que estaban ocupando la mente de Jesús? Si

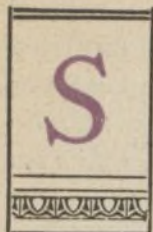
había de ser castigado por ellos, es natural que había de conocerlos, y para conocerlos bien había de conocer el corazón de donde habían salido, esto es, había de saber quién los había cometido. ¿Comenzáis a comprender quién estaba allí con Jesús, haciéndole sufrir tan terriblemente?

¡Sí, allí estaba yo, y estabas tú! ¡Oh, buen Jesús, ahora comprendo cuánto te hice sufrir! Comprendo que tu alma estuviera triste hasta la muerte y que exclamaras: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este vaso». ¡Tú, la misma santidad, la misma pureza, hacerte reo de mis pecados! ¡Tú, el único que ha conocido toda la maldad del pecado y todo lo aborrecido que es de Dios, hacerte responsable de él! Y al hacerse reo de ellos, no fué mirándolos en conjunto, no; él conoció mis pecados, por lo tanto yo estaba allí. ¡Oh, Señor! ¡Cuánto te hice sufrir! Con razón, nos dice el evangelista, que estabas en agonía! Permíteme, Señor, que te pregunte: Cuando vino el ángel del cielo a confortarte, ¿qué fué lo que viste? ¿Acaso tu Padre te hizo ver que muchos de los que te hacíamos sufrir tanto con nuestros pecados te aceptaríamos como, lo que en realidad eras, nuestro sustituto, aclamándote por nuestro Salvador? Si así fué, sé que yo fuí uno de los que te consolé en aquellas terribles horas de tu agonía, pues mi corazón te ama y te confiesa por su único Salvador.

Tú, que lees estas líneas, ¿puedes decir lo mismo? ¿Has sido causa solamente de aquellos sufrimientos, sin proporcionarle consuelo alguno? Acéptalo, desde este instante, como a tu Salvador, y así el ángel, al confortarle, también le hizo que viera tu conversión.

ALFONSO VALLMITJANA.

EL CALVARIO



SE terminó, por fin, el ciego y precipitado proceso contra nuestro divino Jesús de Nazaret, el atropello jurídico más grande que registra la Historia. En pocos momentos se hizo todo: captura del presunto reo al amparo de la noche; comparecencia ante tribunales, precipitadamente reunidos con carácter de urgencia; denuncias, desfile de testigos falsos, venales y desaprensivos; fiscales ruines e hipócritas; jueces sin conciencia, que se escandalizan y sentencian, y el Tribunal Supremo de Palestina, feudo de Roma, que por su representante, el pretor Pilato, refrenda la pena de muerte para quitar de en medio a un presunto enemigo del César. Convencido, por otra parte, que cometía un atropello y villanía, fríamente se lava las manos en agua para llenar de sangre divina una cárcel oscura, una ciudad en fiesta, una montaña llamada Calavera y un mundo entero llamado pecador.

El caer Jesús bajo la jurisdicción romana hizo posible el que vivo lo clavarán en la cruz. Aunque más atormentado, más visible también estuvo su cuerpo y pudo conservar por más tiempo ante la vista de todos, amigos y enemigos, su libertad de acción y el uso tranquilo de su palabra. Decapitado o envuelto en lluvia de piedras no hubiera estado tan visible, y sus palabras hubieran sido ahogadas. La cruz le puso a la contemplación de los ojos de todos y le sirvió de tribuna elevada y sangrienta para lanzar a sus discípulos, a sus verdugos y a la Humanidad pecadora que le repudiaba, sus atra-yentes y magistrales palabras, que para consuelo y enseñanza del mundo aun resuenan en el pecho de los hombres con eco potente e imborrable después de veinte siglos.

Un pueblo curioso e ingrato que días antes echaba vivas y ahora, comprado, gritaba muertas; tristes y acobardados amigos y simpatizantes del santo reo; alegres y gozosos fariseos por la incógnita que se quitaban de encima; fríos y crueles verdugos, todos en revuelta y compacta masa, atravesaron las calles de Jerusalén y llegaron con la víctima que cargaba su cruz a lo alto de la pequeña montaña, *que se llama de la Calavera*.

Los verdugos preparan la cruz y abren en la tierra el pequeño hueco en que han de fijarla. El divino ajusticiado, Jesús de Nazaret, es despojado de sus manchadas y rotas vestiduras, pegadas a la sangre y heridas de su cuerpo.

Los que tengan experiencia de la vida y sepan cómo al amparo de los poderosos se las gastan con el vencido los hombres cobardes, aduladores y serviles, cuando tratan de merecer ante los ojos de sus perversos amos o jefes que los contemplan, podrán hacerse una vaga idea del sufrimiento y dolor de Cristo al caer entre las manos de aquellos viles criados y verdugos. Si hoy día, en pleno siglo de civilización y delicadezas,

hablaran las paredes de muchas cárceles, ¿no moriríamos de vergüenza y pena al enterarnos de tanto dolor y barbarie? ¡Jerusalem, Jerusalem, qué no podrías contarnos, si hablaran, los milenarios muros de tu ciudad, las piedras de tu Gólgota, de los dolores y penas de Cristo, condenado a muerte en esa tu pequeña montaña!

La cruz tenía ya clavada su víctima, y el árbol de la vida, con el peso de su sangriento fruto, fué levantado de la tierra, mostrando a Cristo, lleno de sangre su cuerpo, de dulzura sus labios y de amor su corazón.

¡Así, puesto en alto, clavado en la cruz su Cuerpo, como divina, potente y única antena, colocada entre el cielo y la tierra para recoger las vibraciones de las sonoridades divinas y mezclarlas con el ruido de las iras y pecados de los hombres, suavizando y armonizando así las relaciones rotas y el concierto desconcertado de la creación!

¡Así, clavado en la cruz, puesto en alto, teniendo encima un cielo nublado, sordo a sus quejidos, y debajo una montaña y una ciudad con hombres oscuros y pérfidos insultándole a gritos y manchándole con su conducta pecadora!

¡Dulce y dolorido, Jesús de Nazaret, se cumplieron éstas tus palabras!: «Cuando levantareis al Hijo del Hombre, entenderéis que Yo soy». Es verdad, triste y divino ajusticiado, amante y dulcísimo Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos y Redentor de todos los hombres. ¡Es verdad! Al verte así clavado en alto, *hemos entendido* todos, quién eres, y hasta dónde fuiste capaz de llegar por nosotros: hasta la muerte y muerte de cruz!

Pero si al verte ahí, clavado en alto, *hemos entendido* nosotros quién eres Tú, lo peor y triste es que desde ahí, desde ese tu cruelísimo y ensangrentado trono *has entendido Tú quiénes somos nosotros* y hasta dónde somos capaces de llegar. Más que con los manchados y moribundos ojos de tu cara con las pupilas divinas de tu omnipotencia infinita viste la pequeña montaña a tus pies, en donde estaban tus crueles verdugos y enemigos. Metros más allá, la ciudad de Jerusalem, tu patria querida, con sus sinagogas y el santo templo de Jehová, tu eterno y justiciero Padre.

Divisabas, allá a lo lejos, las fúnebres gargantas de Himnón y Josafat, las montañas de Judea y Moab y el mar Muerto, charco maldito de depravación humana; recuerdos triunfales de un pueblo glorioso, feliz y fuerte, con la esperanza de su Mesías... Belén, el duro portal que sirvió al Crucificado de primer cobijo y cuna; la región de Judea y Cafarnaum, teatro y testigo de sus maravillas, donde las piedras, hierbas y flores le sirvieron de sitio y supieron del roce de su túnica y carne. Lugares todos donde al influjo dulce de su palabra de vida eterna los atribulados pechos de los hombres se henchían de esperanzas y se llenaban de consuelos y alegrías; donde al conjuro misterio-

so de su voz los enfermos abandonaban sus lechos y los sepulcros devolvían sus muertos.

¡Oh, negra ambición e ingratitud de los hombres, de un pueblo ciego y entregado a su soberbia que, olvidando la realidad de su historia pasada y los sucesos modernos de que había sido objeto y vivo testigo, terminó por no ver y no entender que destruían el tesoro de la casa de Israel y mataban al héroe promesa de su raza, liberación de la Humanidad! ¡Cuánto sufriría al ver alrededor de su cruz y llenando la ladera de aquella montaña, gentes desaprensivas, crueles e ingratas, gozándose en los sufrimientos de Él que, cuando libre por las calles y plazas, no hizo otra cosa que aliviar las penas de ellos, curar a sus enfermos y resucitar sus muertos! La ingratitud y fragilidad humana llega hasta ahí, a olvidar los más grandes favores.

Cuando Cristo lleno de libertad, salud y vida *pasaba haciendo el bien*, era una esperanza, la multitud interesada, entusiasmada le seguía: «Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os hartasteis», les tuvo que decir en la época de sus éxitos, en aquella época de grandes triunfos en que las multitudes le alababan y querían proclamarle Rey.

Así es el hombre para el hombre, y así se portaron los judíos con el divino Jesús de Nazaret. Le vieron solo, fracasado (valga la frase), no se desclavaba de la cruz, no repartió oro ni convocó ejércitos, y al verle así solo e impotente pidieron a voces su muerte y no pararon hasta verle levantado en alto clavado en la cruz. Así pagaron los judíos al que tanto le debían. Por esta pena de la más negra ingratitud tuvo que pasar y verla desde lo alto de su cruz la divina Víctima ensangrentada.

Pero vió más, mucho más. Desde la altura del suplicio en que se encontraba divisaba, allá tras las nubes, en el lejano horizonte, aquel mundo, posesión del imperio romano, entregado al paganismo y a la más completa y absurda idolatría, por el que poco después había de correr la fama de su nombre, y la savia de su doctrina infiltrándose por los suburbios de aldeas y ciudades, y haciendo astillas los tronos de reyes-dioses. Pero también vió en el correr de los siglos una nueva generación frágil y desaprensiva que llamándose cristiana y llevando su cruz por bandera, la convertían en espada para vencer y medrar en aquellas cosas rastreras que el mundo llama el reino de sus éxitos.

En esa tropa de gente, en esa oleada humana, formábamos filas y hacíamos número nosotros, con nuestros delitos comunes, con nuestros pecados privados, con nuestras infamias sociales y colectivas en donde, siendo verdugos y tiranos para los demás, somos asesinos de nosotros mismos, remachando los clavos y la corona del que vino a traer la libertad y el amor entre los hombres.

Todo esto vió desde lo alto de su cruz el divino Jesús de Nazaret clavado en ella por los judíos de entonces. Por desgracia no podemos condenar, criticar ni maldecir a aquellos judíos por su cruel y bárbara conducta. Ellos no quisieron ver lo que nosotros tam-

poco queremos ver. Ellos mataron al que nosotros también escarnecemos.

¿Quién, como Tú, divino Jesús mío, desde la cátedra de tu calvario y desde el sitio de tu cruz ha hablado más claro a la Humanidad?

El mundo se encontraba en un verdadero caos. La sana filosofía de muchos y grandes maestros fué impotente para esparcir la felicidad que proporciona el bien moral. Alejados a veces de lo mismo que enseñaban, tenían, además, un lenguaje muy subido, que sólo podían entender reducido número de privilegiados. Tú, humano y divino Jesús, un solo libro abierto pusistes ante los ávidos ojos de la Humanidad desgraciada y dolorida: tu propio cuerpo desgarrado y crucificado para que todos alcanzásemos a leer en él. Todos te conocemos y te hemos entendido, pero, ¡qué pocos te obedecemos!

La Humanidad cometió un delito con matarte y todos los días un pecado inmenso con ofenderte. Perdona nuestras ofensas, Señor, y como dice el Salmista: «Pon nuestras lágrimas en tu redoma», en tu pecho lacrado, en tu corazón dolorido. ¡Escucha nuestro arrepentimiento y nuestra súplica, Señor!

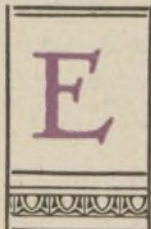
Entre ladrones te clavaron, y con humildad y paciencia los soportastes, hasta dejarte pedir por uno el derecho de entrada a tu paraíso. Poco te tiene que importar, antes al contrario, alegrarte, el que ladrones como nosotros, con toda el alma te digamos: ¡Señor, acuérdate de nosotros! Cumple ahora lo que has prometido por medio de tu gran profeta Isaías: «Haz de este Monte convite de purificados y destruye la muerte para siempre; seca toda lágrima de todos los rostros y quita nuestra afrenta».

¡Te amo divino Jesús y te adoro! Y ahora, para terminar, déjame que te bendiga y que te alabe, no con palabras de tus profetas ni de tus siervos. Es mi orgullo y mi alegría el ver que hasta tus más encarnizados enemigos forzosamente se inclinan ante Ti, ante tu persona y tu Obra; permíteme que con Renan te diga: «Descansa ahora en tu gloria, sublime fundador. Todo está terminado y fundada tu divinidad. Con tus sufrimientos has conseguido una absoluta inmortalidad. Signo de contradicción, serás la bandera bajo la cual se darán las más encarnizadas batallas. Después de tu muerte tendrás más vida, y serás más amado que cuando vivías entre los tuyos. Serás el centro de la Humanidad y el cimiento de las generaciones futuras. Borrar tu nombre de la Historia será sacudir el mundo en su base. Entre Dios y Tú no habrá jamás distinción. Completamente vencedor de la muerte, tomas posesión del reino, al que te seguirán a través de los siglos millones de adoradores».

En efecto, el siglo de hoy rinde homenaje de amor al divino ajusticiado de hace veinte siglos, Cristo Jesús, que con su sangre redimió al mundo. ¡Feliz el hombre que le siga y adore! Que Él sea nuestro amparo y fortaleza, el único refugio en nuestras tribulaciones.

SALVADOR INIGUEZ.

EL ENTIERRO DE JESÚS



ENTRE los hechos que sirven de fundamento al Cristianismo, San Pablo enumera éste: Cristo «*fué sepultado*» (1.^a Corintios, capítulo XV, versículo 4). El Credo Apostólico lo ha conservado también a través de los siglos, juntamente con otros hechos que han sido considerados básicos de la religión cristiana. Aunque a primera vista pareciera que se trataba de algo sin importancia, que podía haberse omitido sin gran detrimento ni pérdida para la fe, y aunque pensemos que su valor está subordinado a otros grandes hechos que en dicha confesión le acompañan, podemos estar ciertos que no carece de significado en la providencia de Dios ni está fuera de lugar que se encuentre entre aquéllos que sirven de base al Cristianismo.

Los cuatro Evangelios nos dan, esparcidos, una serie de detalles del entierro de Jesús que, reunidos, nos ofrecen una perfecta idea de conjunto.

Amigos y enemigos han seguido el proceso de aquellas terribles horas que abarcan desde la crucifixión hasta el momento en que Jesús dió el espíritu. Para unos, la misión ha terminado cuando puedan comprobar la muerte de su víctima. Los otros, tienen aún un piadoso deber que cumplir para el Señor y Maestro. Uno de los discípulos ocultos, José de Arimatea, pide a Pilato el cuerpo de Jesús. Otro discípulo secreto, Nicodemo, el que vino a Jesús de noche, trae cien libras de esencias aromáticas para embalsamar el cuerpo del Señor. Dos principales de Israel, senadores, que durante su vida han temido ser identificados con Cristo, en el cual creen en secreto, a la hora de su muerte se presentan públicamente como amigos y discípulos del odiado Nazareno. Los lazos que más atan a los corazones nobles son los del dolor. Lo que estos dos hombres no hicieron cuando Jesús gozaba de popularidad lo hacen cuando le ven odiado de todos, cuando sus enemigos creen haber terminado para siempre con Él.

Junto al Calvario hay un jardín, y en él un sepulcro nuevo, sin estrenar, cavado en la roca viva. Allí fué conducido el cadáver. El que durante su vida no tuvo dónde reclinar la cabeza, es contado con los ricos en su sepultura. Envuelto el cuerpo yerto en lienzos níveos impregnados de esencias olorosas, es depositado en la losa fría del sepulcro. Pero no está frío el corazón de aquellos servidores y amigos que miran por última vez — así lo creen ellos — el cuerpo exánime del amado Señor.

Unas mujeres fieles siguen con corazón dolorido todas las escenas de espectáculo tan terrible. Admirable ejemplo de amor y fidelidad nos dan las mujeres galileas en los momentos de cruel oposición a Cristo. Y mientras, una vez puesta sobre la boca del sepulcro la piedra que le sirve de puerta los

hombres que componen la comitiva fúnebre vuelven hacia la ciudad, ellas, sentadas en un ribazo próximo, contemplan el lugar donde, con su amado Señor, han visto enterradas sus más halagadoras esperanzas, sus ilusiones más queridas.

Parece que los hechos así relatados carecen de otra importancia que la que siempre tienen los últimos servicios prestados a un ser querido. Pero para el cristiano, aquello que probablemente pareció a los discípulos carente de valor, pasa a ser uno de los testimonios angulares sobre los que descansa la fe.

El centro mismo del Cristianismo, alrededor del cual gira todo lo demás, es éste: Que Cristo murió. Pero desde muy temprano hubo los que negaron la muerte de Jesús. Por esto la relación detallada de los incidentes de la sepultura de Jesús viene a ser una prueba colateral de la realidad de la misma. Aun en el supuesto que la vida de Cristo no hubiera estado totalmente extinguida cuando el cuerpo fué bajado de la cruz, es obvio que la sepultura hubiera apagado cualquier resto vital que en Él hubiera quedado. El simple hecho de haber estado encerrado por muchas horas en tales circunstancias significaba una muerte cierta.

Además, es una de las columnas en las que se apoya la creencia en la resurrección de Jesús. Los que la niegan, no sólo tienen que contar con el hecho de su muerte, sino con el entierro y las circunstancias que le acompañaron, tales como el dolor y apocamiento de los discípulos, su escasa fuerza, la piedra sellada, la guardia romana, etc.

Juntamente con este aspecto del asunto hay otros que pueden ser más o menos enfatizados, según las necesidades de cada momento.

Para el creyente que sabe que tiene que morir y ser llevado al sepulcro es, a la vez que un consuelo, una prenda firme de seguridad, de auxilio en el tiempo oportuno saber que el Señor le ha precedido en todo el camino que se extiende delante de él. Los horrores de la muerte, la obscuridad y frialdad de la tumba son dulcificados por el recuerdo de que aun allí encontrará marcadas indeleblemente las huellas que dejara el paso del Señor. No debe, pues, temer andar por el mismo camino que su Señor anduvo.

El recuerdo de la sepultura de Cristo tiene también grande consuelo para el creyente que ha pasado por el trance amargo de acompañar al cadáver de algún ser querido a su última morada terrenal, y que puede ser llamado cualquier día a repetir este doloroso deber. El cuerpo del Señor Jesús, como una anticipación de lo que será de los que en Él esperan, fué puesto en un sepulcro envuelto en un sudario de lino fino con mirra y áloes, cuya fragancia llenaba el

sombrio recinto, y allí su cuerpo descansó en el silencio y la obscuridad, guardando su Sábado, esperando entre el perfume suave de las especias aromáticas de dentro del sepulcro y el olor delicado de las flores del jardín alrededor, el amanecer glorioso de la resurrección. Este recuerdo nos ayudará siempre a no desconsolar cuando depositemos el cadáver del ser amado en el lugar

donde Cristo dejó encendida la antorcha de la resurrección.

Bien hizo el gran apóstol en no omitir en el sumario breve de los hechos fundamentales de la fe cristiana la abrumadora dignidad del hecho que encierran estas sencillas palabras: **Cristo fué sepultado.**

PROGRESO PARRILLA.

¿NO ESTÁ AQUÍ...!

TODO muere en la Naturaleza. Los prados esmaltados de silvestres florecillas; los árboles seculares, gala del bosque ameno; las estrellas que en noche tranquila nos iluminan con su soñoliento parpadeo; el sol, rey de los astros, que con besos apasionados de luz engendra el día. Todo, en la Naturaleza, es un condenado a muerte. Y el hombre, el pontífice de la creación, ¿qué es, en su peregrinación por este mundo, sino un rayo de luz envuelto en el manto funerario de su propio cuerpo?

Nada tan sombrío, tan triste y tan pavoroso como un cementerio. ¡Ah! Yo me he asomado a las grandes necrópolis, y sobre las losas de los que yacen a la sombra de la muerte, he leído unas palabras fatídicas que me han hecho sentir el escalofrío del terror: «Aquí yacen...», es el epitafio de cuantos cruzaron por el escenario real de la Historia. «Aquí yacen...», he leído sobre la tumba de los grandes filósofos, aquellos hombres que guiaron a la Humanidad por los esplendidos caminos de la sabiduría. «Aquí yacen...», he leído sobre la tumba de los grandes conquistadores, aquellos hombres que esfumaban imperios y civilizaciones con el brillo de sus espadas vencedoras. «Aquí yacen...», he leído sobre la tumba de los grandes oradores, aquellos hombres que electrizaron a las muchedumbres al conjuro de su verbo, cálido y elocuente. «Aquí yacen...», he leído sobre la tumba de los grandes músicos, aquellos hombres que parecía que robaban sus notas al arpa de los ángeles para recrear al hombre con armonías superterrenas. «Aquí yacen...», he leído, en fin, al pie de las tumbas cinerarias de los grandes legisladores y fundadores de humanas religiones. Sólo existe una tumba cuyo epitafio, lejos de agolpar las lágrimas a los ojos y de entristecer el corazón, obliga al hombre a prorrumpir en un *jaleluya!* triunfal y pleno de alegría... Es la tumba de Jesucristo, sobre la cual ángeles de níveas alas grabaron estas palabras en una mañana de gloria: «¡No está aquí... Ha resucitado!»

Por eso la resurrección de Jesucristo es la prueba más irrefragable de su divinidad. Los

huesos, los despojos mortales de los fundadores de humanas religiones *están aquí*, confundidos y pudriéndose en la tierra. ¿Qué hombre tuvo la vana pretensión de resucitar al tercer día de entre los muertos? Empero Jesucristo, anunciado como Dios durante cuarenta siglos por santos profetas; cantado como Dios por ángeles del cielo en el establo de Belén; proclamado como Dios en un rompimiento de gloria a orillas del Jordán; confesado como Dios en el Calvario por el centurión y por la tierra que estremeció de espanto por el horrendo deicidio, rubrica, confirma y sella su divinidad, sus enseñanzas y profecías con su resurrección triunfal y gloriosa, arrancando su cuerpo — como había predicho — de las garras de la muerte, «por cuanto era imposible ser detenido de ella».

Es más: para el mismo Jesucristo su resurrección es el milagro de los milagros, la prueba más convincente, el sello más auténtico de su misión mesiánica y de la gloria de su divinidad. Por eso, cuando sus irreconciliables enemigos le pidieron las credenciales de su filiación divina, Cristo les ofrece estas dos pruebas: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré... mas Él hablaba del templo de su cuerpo». Y aquella otra: «La generación mala y adúltera demanda señal; mas señal no le será dada, sino la señal de Jonás profeta. Porque como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches». Ante el exacto cumplimiento de estas profecías que los judíos — comprando a fuerza de oro a los guardianes del sepulcro de Jesús — trataron de ocultar, pero que no pudieron negar, se vieron obligados a reconocer que el «Hijo del carpintero» era verdaderamente Hijo de Dios; al mismo tiempo que vieron hecha inexcusable su ignorancia, confundida su perfidia, humillado su orgullo, refutadas sus blasfemias y condenada su incredulidad.

Jesucristo, aquel Jesucristo que en los años de su misterioso y aleccionado silencio no era para sus compatriotas más que un pobre obrero, y que luego, en los días de su vida pública, su origen, misión y persona se encerraba para la mayoría de los judíos bajo la interrogante de los discípulos del Bautista: «¿Tú, quién eres?», al ser resucitado su cuerpo sacratísimo por la virtud del Padre, aquel pueblo que le insultó, que le quiso

apedrear, que pidió a grandes gritos su muerte por el solo delito de que siendo hombre se hacía Dios, ahora cae de rodillas a sus pies y le adora. Prueba evidente de que la resurrección era para aquel pueblo el sello comprobatorio de la filiación divina de Cristo. Y porque resucitó, el mundo se convirtió a Él, y porque resucitó, el mundo adora a Jesucristo.

Los incrédulos de todos los siglos podrán estallar en estruendosas carcajadas, o dibujar en sus labios una sonrisa escéptica al tratarse de esta página gloriosa de la religión cristiana. No importa. La resurrección de Cristo es un hecho tan comprobado, o más, que cualquier otra gesta histórica. ¿O es que en la balanza de la impiedad no pesa nada el sepulcro vacío, el testimonio de los apóstoles y santas mujeres, los cientos de personas que vieron a Cristo resucitado, el misterioso silencio del Sanedrín y de Pilato? ¿O es, acaso, que sus *novelas y fantasías* inventadas en torno de la resurrección de Jesucristo, tienen para ellos más fuerza comprobatoria que tantos y tan auténticos testimonios fidedignos? Verdaderamente que hay que dar pleno asentimiento a la frase de que no hay en el mundo gente más crédula que los incrédulos.

Dejemos a los impíos deshaciéndose entre sí con sus contradictorias fantasías, y asociémonos, en apretado haz, los creyentes en Cristo Jesús para celebrar la gloria y exaltación de Cristo, que es también prenda de nuestra gloria, garantía de nuestra esperanza, gozo de los que lloran y fundamento firmísimo de nuestra resurrección a vida inmortal.

Jesús ha dejado en su Evangelio a los cristianos una promesa, a la vez que sagrada, inefable y consoladora, llamándoles «hijos de la resurrección».

¡Dichosas, pues, una y mil veces las almas cristianas! Ellas, con noble orgullo e invicta y humilde confianza, pueden desafiar al dolor y al peligro, a la enfermedad y a la muerte, parodiando a su divino Maestro: Destruid este templo de mi cuerpo... Por Jesucristo y en Jesucristo será levantado lo que en vano derribasteis. Que si el pecado dejó en este frágil templo de mi cuerpo un principio de muerte y de disolución, el Espíritu, al cual he llevado en mi vida de cristiano, también ha depositado en él un germen de resurrección y de inmortalidad. Cristo hará que lo que Él tuvo por suyo y con su gracia santificó, salga de la tierra hermoso y bello, como de la corrupción y de la podredumbre brotan los lirios inmaculados y las flores perfumadas. El que levantó a Cristo Jesús de los muertos, vivificará también mi cuerpo mortal por su Espíritu que mora en mí. Esta es mi fe y mi esperanza, y en ellas quiero morir.

A. GARCÍA MAZO

Este número ha sido visado por la censura.

Gustosamente enviaremos ejemplares para propaganda a cuantos pastores y directores de Iglesias y Misiones lo soliciten.

El romance del último adiós.

«Y cuando fué la tarde, porque era la preparación, es decir, la víspera del sábado, José de Arimatea, senador noble, que también esperaba el reino de Dios, vino, y osadamente entró a Pilato, y pidióle el cuerpo de Jesús.

Y enterado Pilato, dió el cuerpo a José; el cual compró una sábana y le puso en el sepulcro que estaba cavado en una peña; y revolvió una piedra a la puerta del sepulcro.

Y María Magdalena y María, madre de José, miraban dónde era puesto.»

(San Marcos, XV.)

Tristes y silenciosas,
como si llorasen un dolor íntimo,
las calles de Jerusalem sentían por primera
en el transcurso de su tiempo, [vez,
la desolación y el abandono.
Un céfiro helado las recorría,
y en el ambiente
iba poniendo un girón de crespón enlutado
que traía en el aroma del suspiro santo
que el Justo exhaló en el madero cruel e in-

[famante.
Ni una voz rasgaba el silencio que las se-
ni una sombra se proyectaba [pultaba;
en los milenarios muros de sus moradas;
sus guijarros
no crujían bajo el peso de los carros;
ni se afilaban,
arrancando el verdín que entre ellos nacía,
los escandalosos cascotes de ningún caballo,
ni las indolentes pezuñas de ningún camello.

Jerusalem se sentía huérfana.

Sus moradores
habían visto abrirse a la tierra;
habían oído crujir horrísono al espacio;
sus ojos se salieron de las órbitas,
al contemplar mudos de terror, que,
las losas funerarias,
se apartaron para dejar paso
a los restos que cubrían.
Vieron obscurecer al sol,
sintieron frío...
y horrorizados y arrepentidos,
corrieron a sus hogares
y cerraron sus puertas.

Jerusalem, la preferida,
era ahora
Jerusalem la despreciada.

Tristes, silenciosas,
como si llorasen un dolor íntimo,
las calles de Jerusalem
se sienten enfermas de melancolía:
no tienen color, no tienen vida;
ni una voz, ni un ruido;
ni un rayo de sol, ni una gota de agua;
ni el aroma de una flor,
ni el trino de un pájaro...

Solamente
el noble senador José de Arimatea,
cruza esas calles vestidas de luto,
caminando cariacontecido,
hacia las afueras de Jerusalem.
Ha pedido a Pilato el cuerpo de Jesús,
que le ha sido concedido,
y camina ligero
porque quiere llegar al monte
antes que las sombras de la noche
acaben de angustiar a la ciudad.
En las puertas de Jerusalem,
le espera Nicodemo,
con un compuesto de mirra y áloes,
y juntos,
empiezan la ascensión
de aquel montículo que,
en su lúgubre cima,

muestra a la Humanidad perdida
el divino espectáculo
de un INRI Salvador.

Un cielo gris plomo
que entenebrece el ambiente,
sirve de solio
al drama ya terminado:
«Consumado es».
Pero que sigue siendo drama
en el corazón de aquellos varones
que van a enterrar
a su Señor y Maestro.

Han llegado al Gólgota.
Sus ojos contemplan tres maderos.
Uno de ellos,
el más alto,
el de en medio,
sostiene todavía clavado,
el cuerpo mustio
de Jesús de Nazaret.
Dijérase un tosco búcaro
conteniendo una camelia que,
aunque ya marchita,
no hubiera perdido
su aroma embriagador.
Tres maderos y un dolor.
Un dolor y un solo Amor Infinito.

Nicodemo,
el anciano venerable,
tiene su vista puesta en el crucificado,
y como si una visión,
un recuerdo,
vinieran a acariciar su mente,
cierra sus párpados
y hunde su barba en el pecho...
¿Reflexiona Nicodemo?...
Tal vez recuerde
aquella noche de cielo estrellado
y luna esmerilada,
en que fué al encuentro de Jesús
para preguntarle
sobre los arcanos
que él
no podía sondear.
Tal vez arrullasen sus oídos
las palabras que el Justo le dijo:
«De tal manera amó Dios al mundo,
que ha dado a su Hijo...» (Juan, 3, 16.)
Y ahora,
comprendía mejor que antes...

Ahora,
que le tenía ahí,
clavado,
enfrente de él...
Un prófugo suspiro
saca a Nicodemo de su abstracción,
y ve a dos mujeres que,
caídas al pie de la cruz,
lloran sin consuelo
la muerte del Unigénito de Dios.
Nicodemo llora con ellas.

José de Arimatea,
cabizbajo,
de pie frente a la cruz,
contempla en silencio la escena.
Al parecer,
tiene una serenidad noble y grandiosa...
pero, ¿y el corazón?
¿Cómo tendrá el corazón
y el alma,
el noble senador José de Arimatea!
Él creyó encontrar solitaria
la cima de aquella montaña,
pelada, negra y fría
como carroña de momia,
y se encontró con la presencia
de María Magdalena
y María, madre de José.
El senador meditaba:

¿cómo arrancar
de aquel lugar
a las mujeres aquéllas?
Está indeciso,
no sabe cómo empezar
el descendimiento de Jesús.
A los otros no había necesidad de bajarlos;
ya hacía tiempo que,
los encargados de ello,
les habían quebrado las piernas
y los habían sepultado
en cualquier lugar:
eran dos malhechores
que llevaron a morir con Jesús
para hacer más afrentoso
el suplicio de éste. (Marcos, 15, 27 y 28.)
Era necesario empezar
antes que las aves de rapiña
vinieran a picar
en aquel cuerpo santo.
Era necesario darse prisa
porque la tarde,
anciana ya de horas,
horas injustas,
agonizaba melancólica.

¡Qué triste aquel crepúsculo!

José de Arimatea,
decidido,
como si no viese el dolor de aquellos seres,
apartó con amor a las mujeres,
y él y Nicodemo,
los dos en silencio,
empezaron tan fúnebre tarea.
En silencio fueron sacados los primeros cla-
los que sujetaban, [vos,
hiriéndolos,
los pies del Justo...
Y en silencio fué bajado de la cruz.
Con los áloes y mirra
que llevó Nicodemo,
fué embalsamado el cuerpo del Divino.
Jesús estaba yerto,
pero mantenía una sonrisa
en sus labios cristalizados,
que era todo un poema:
era el poema del Amor y de la Vida (?)
Magdalena y María
le quitaron la vil corona.
Ha dicho un poeta que,
las mujeres,
por ser amantes de las flores,
no temen herirse las manos:
por esto era muy lógico que,
delicadas manos de mujer,
quitasen las espinas
a la mejor flor de Judea.

Mudos,
con paso lento,
va el cortejo hacia el sepulcro.
¡Triste cortejo,
el cortejo del sepelio de Cristo!
Los que en secreto le amaban,
hán desbordado su amor,
hán presentado cara a cara
a las potencias de Jerusalem
su fe... pero...
¿dónde están los que con Él convivían?
¿dónde la muchedumbre de curados por Él?
Aquellos discípulos...
aquellos leprosos...
aquellos tullidos, aquellos ciegos...
¿dónde están?
¿Es que acaso ya no existe Bartimeo?...
Y Lázaro, ¿dónde se encuentra?...
El silencio
responde a nuestro interrogante asombro.
Nuestras voces se han perdido... pero no,
traen, respondiéndonos, a una sombra:
es la Ingratitud.
La Ingratitud se asuma al sepelio;
va a la cabeza,
abre paso;
es la portaestandarte del desamor,
es la representante del patrimonio humano.

El cortejo ha llegado al sepulcro.

*Hace viento, casi frío;
el aire trae las primeras gasas de la noche.*

*Ya ha sido colocado Jesús en la tumba...
¡Ha llegado la hora del último adiós!...*

*Recordad,
vosotros los que habéis acompañado
a vuestros seres queridos
hasta la morada última,
impregnada de frío y de sombra...
recordad cómo os tuvieron
dado a vuestros padres,
a vuestras esposas,
a vuestros hijos...
recordad cómo os tuvieron
que apartar de aquella fosa
que la tierra cubrió...
recordad... recordad...
y comprenderéis entonces,
cómo se apartaron del sepulcro
donde Jesús quedaba,
Magdalena y María
Nicodemo y José.*

*La noche, ya profunda,
atenaza a la ciudad de Jerusalem
que llora sus glorias pasadas.
El aire tiene pesadez de losa;
vuelan siniestros los murciélagos,
y de las altas colinas que
circundan la ciudad,
baja un lamentoso quejido
que recuerda la profecía de Jeremías.*

*Las calles de Jerusalem,
tristes y silenciosas,
como si llorasen un dolor íntimo,
se sienten enfermas de melancolía:
no tienen color, no tienen vida;
ni una voz, ni un ruido;
ni un rayo de luna,
ni el arrullo de un ruiseñor...
solamente
cruza esas calles vestidas de luto,
el noble senador José de Arimatea;
Nicodemo en su compañía.*

*Mientras tanto,
allá,
en la negrura patética del Calvario,
una cruz desnuda,
sigue mostrando
a la Humanidad perdida,
el divino espectáculo
de un aviso salvador:
«Este es Jesús,
el Rey de los Judíos».*

Final:

Y continúa la Palabra:

«... La víspera de sábado, que amanece para primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro. Y he aquí, fué hecho un gran terremoto: porque el ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, había revuelto la piedra y estaba sentado sobre ella. Y su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve.

... Y respondiendo el ángel dijo a las mujeres: No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, que fué crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como dijo. Venid, ved el lugar donde fué puesto el Señor.

... Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban, he aquí, Jesús les sale al encuentro, diciendo: Salve. Y ellas se llegaron y abrazaron sus pies, y le adoraron.»

(San Mateo, XXVIII.)

MANUEL DEL BUSTO

Cultos de Semana Santa y Pascua en las Iglesias de Madrid.

JUEVES SANTO

Iglesia del Salvador (Noviciado). — Culto, a las ocho de la noche. Predicará el Rdo. Lindegaard acerca de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Iglesia de Jesús (Calatrava). — Culto, a las ocho de la noche.

Iglesias Bautista (General Lacy). — Culto, a las ocho de la noche.

Iglesia del Redentor (Beneficencia). — Culto de Comunión y predicación, por el pastor de la Iglesia, a las seis de la tarde.

VIERNES SANTO

Iglesia del Salvador. — Sermón sobre «Las Siete Palabras», a las once de la mañana.

Iglesia de Jesús. — Sermones y cultos, a las once de la mañana y a las ocho de la noche.

Iglesia Bautista. — Culto, a las seis de la tarde.

Iglesia del Redentor. — Oficio del día y sermón sobre «Las Siete Palabras», por el Rdo. Ramón Michavila, a las once de la mañana. — Culto de Pasión, sermón sobre «La Cruz de Cristo», por el Rdo. Fernando Cabrera, y *Miserere*, a las seis de la tarde.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Oficios de Pascua y sermones de Resurrección.

Iglesia del Salvador. — Once de la mañana y ocho de la noche. Predicarán los reverendos Enrique Lindegaard y Elías Araujo.

Iglesia de Jesús. — Once de la mañana y ocho de la noche, con culto de confirmación y Comunión.

Iglesia Bautista. — Once de la mañana y seis de la tarde.

Iglesia del Redentor. — Once de la mañana, predicando D. Adolfo Araujo, y seis de la tarde, predicando D. Fernando Cabrera.

Todos estos días se celebrarán también, a las horas de costumbre, cultos con predicación en las Capillas de Trafalgar, 34; Duque de Sexto, 6; López de Hoyos, 120; Tortosa, 3; Cruz del Rayo, y Tetuán de las Victorias.

España Evangélica

ESCUELA DOMINICAL

Continuamos sin recibir los temas para las Lecciones de la Escuela Dominical. Sirva esto de explicación a los que nos han preguntado por ello.

Giros congelados.

Tenemos sobre la mesa varios giros sin que hasta la fecha se nos haya comunicado por sus remitentes la aplicación que debemos darles. Agradeceríamos que al enviárenos un giro se nos dijera, en una sencilla postal, su aplicación; pues, de lo contrario, pueden surgir dificultades (ya han surgido algunas veces) al darles una aplicación distinta de aquélla para la cual el giro era remitido.

ESPAÑA EVANGÉLICA publicará su próximo número el 30 del actual, y contendrá interesantes informaciones de la Misión en la Guinea Española y de la Obra en España, un importante artículo del reverendo Arenales, Crónica lusitana y otros trabajos.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Beneficencia, núm. 18. - Madrid (4).
TELÉFONO 33590.

LA FE QUE VENCE

Por el Rdo. Manuel GUTIÉRREZ-MARÍN

Contiene 20 capítulos, registro de citas bíblicas y registro de conceptos o pequeña concordancia.

126 páginas: 2 pesetas.

PEDIDOS:

Unión Cristiana de Jóvenes.
Caspe, 43, pral. - Barcelona.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12 - MADRID